

J o r n a d a: CONTEMPORÁNEO IN-MUNDO VIOLENTO

“LA VIOLENCIA DE LA VERDAD”

Por Stella Ocampo

Al recibir la invitación para participar de estas Jornadas, lo primero que captó mi interés, fue su título: *“Contemporáneo In-Mundo Violento”*.

La palabra violencia me condujo, tal como la abeja a la miel, a flashes informativos de noticieros más rojos que amarillos, que con placas estruendosas venden noticias al por mayor: “Joven muere a manos de patota, Fatal choque deja saldo de 12 muertos, Mujer asesinada por su pareja delante de su hijo, El paco mata a miles de adolescentes en el conurbano, Familia entera es brutalmente asesinada... etc. etc. etc”.

Pero... ¿es acaso sobre esa violencia que hablaremos esta tarde de trabajo? ¿Es esta sociedad, de la que todos formamos parte, la que nos convoca hoy, en este espacio de palabras donde algo hay por decir? O es ese in-mundo que nos habita donde queremos dirigir nuestras miradas?

In-mundo extraño, próximo y lejano que provoca al horror, propio y ajeno. ¿O acaso ese otro que asesina está tan distante de mí? ¿No es mi semejante? ¿Mi prójimo más próximo? Puede ser mi vecino, mi amigo o mi hermano, o tal vez yo mismo.....

En *El Malestar en la cultura* Freud analiza el lugar del prójimo que aparece en la cita bíblica de *“amarás a tu prójimo como a ti mismo”* y es en este análisis donde aparece la hostilidad y el odio. Va describiendo minuciosamente (casi como un sadiano) la crueldad y la agresividad que muestra cada uno a expensas del prójimo. No comparte ese ideal de amor cristiano y se pregunta por qué debería hacerlo. Dice Freud: *“Merecería mi amor si se me asemejara en aspectos importantes, a punto tal que pudiera amar en él a mi mismo; lo*

merecería si fuera más perfecto de lo que yo soy, en tal medida que pudiera amar en él el ideal de mi propia persona; debería amarlo si fuera el hijo de mi amigo, pues el dolor de éste, si algún mal le sucediera también sería mi dolor, yo tendría que compartirlo. En cambio si me fuera extraño y si no me atrajese ninguno de sus propios valores, ninguna importancia que hubiera adquirido para mi vida afectiva, entonces me sería muy difícil amarlo. Hasta sería injusto, pues los míos aprecian mi amor como una demostración de preferencia, y les haría injusticia si los equiparase con un extraño. Pero si he de amarlo con el amor general por todo el Universo, simplemente porque también él es una criatura de este mundo como el insecto, el gusano, y la culebra, entonces me temo que sólo le corresponda una ínfima parte de amor, de ningún modo tanto como la razón me autoriza a guardar para mi mismo... Este ser extraño no sólo es en general indigno de amor, sino que para confesarlo sinceramente – merece mucho más mi hostilidad y aun mi odio.”

En el Evangelio según San Marcos, éste dice “... *amar al prójimo como a ti mismo vale mucho más que todos los sacrificios y holocaustos.*” Es decir que es a través de un sacrificio y a nivel de un holocausto que es posible amar al prójimo, es necesario un mandamiento para que pueda ser posible ese amor.

Sigue pensando Freud que la verdad oculta tras de todo esto y que negaríamos de buen grado, es la de pensar que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor como quisiéramos, ni tampoco es cierto que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino más bien y por el contrario es un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Esto lo lleva a pensar que el prójimo no representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino que también es un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad. ¿Cómo lo hace? Nada más y nada menos que ejerciendo violencia sobre él, explotando su capacidad de trabajo sin retribuirlo, aprovechándolo sexualmente sin su consentimiento, apoderándose de sus bienes para humillarlo, ocasionándole sufrimientos, martirizándolo y hasta matándolo. ¿No es acaso este el mundo contemporáneo que hoy nos convoca en esta reunión de trabajo?

Dice también Freud que por regla general toda esta violencia espera para desencadenarse a que se la provoque, pero también puede ponerse al servicio de otros propósitos alcanzando su fin con medios menos violentos y con condiciones que le sean favorables, desenmascarando al hombre como una bestia salvaje que no conoce el menor respeto por los seres de su propia especie. Pensemos en el holocausto, o las muertes de inmigrantes en países europeos del “primer mundo”.

Es así que si podemos reconocer estas tendencias agresivas en nosotros mismos las suponemos con toda razón en el prójimo. Es esta primordial hostilidad entre los hombres por la que la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración. La cultura se ve obligada a realizar múltiples esfuerzos para poner barreras a las tendencias agresivas del hombre y de ahí es que el precepto ideal de amar al prójimo como a sí mismo efectivamente se justifica, porque ningún otro es, como él, tan contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana. Sin embargo, concluye Freud, todos estos esfuerzos de la cultura destinados a imponerlo aún no han logrado gran cosa. Podríamos decir que el aún freudiano se perpetúa hasta nuestros días.

Es claro que al hombre no le es sencillo renunciar a la satisfacción de las tendencias agresivas. Aceptar el instinto de muerte o de destrucción no es tarea fácil. Y como dice Freud quienes creen en los cuentos de hadas no les agrada oír hablar de la innata inclinación del hombre hacia «lo malo», a la violencia, a la destrucción y a la crueldad.

En el seminario La Etica, Lacan habla de una maldad que habita en el prójimo y por lo tanto, en sí mismo, y ubica a ese prójimo como lo más cercano al núcleo del goce al que no se osa aproximarse, frente al cual se retrocede, ése es el sentido de El Malestar en la cultura, donde surge la agresividad. En cada uno, el goce delimita una frontera, como diferencia radical con el otro. Cree que el horror que produce el amor al prójimo surge por la presencia de la maldad fundamental que habita en ese prójimo y, por lo tanto, en mí mismo.

“Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio”, nos decía Serrat en una de sus bellas canciones. Tal vez la verdad no sea triste, pero lo que si podemos decir es que es violenta. Porque, acaso hay algo más violento que descubrir que

hagamos lo que hagamos siempre nos va a faltar algo? Acaso no es violento aceptar que vamos hacia la muerte? Y que en ese camino somos como los gladiadores perdiendo más y más en cada combate? El problema es que la gente se acostumbra a eso, se acostumbra a perder, y es en cada pérdida que su ser se violenta, va surgiendo la maldad que los habita, en el prójimo y en el sí mismo. Y al acercase, al osar aproximarse (a ese goce, podríamos decir) va surgiendo la agresividad ante la cual a veces se retrocede y otras no, cual puerco espines que sienten frío y se acercan, pero al hacerlo se pinchan y vuelven a alejarse y entonces de nuevo sienten frío y se acercan. Y así siguen y siguen sin remedio....

Es que el otro semejante, permanece otro, y amo en él lo que veo allí de mi propio yo pero fuera de mí, y de allí la agresividad, por la alineación de la que intento despegarme. Y por esto lo agredo, lo mato.

Por eso es violenta la verdad. Un afuera excluido engendra un adentro simpático. En cambio el síntoma es más cómodo, como dice Lacan en Los cuatro conceptos: *“es evidente que la gente con que tratamos, los pacientes, no están satisfechos, como se dice, con lo que son. Y no obstante, sabemos que todo lo que ellos son, lo que viven, aun sus síntomas, tienen que ver con la satisfacción. Satisfacen a algo que sin duda va en contra de lo que podría satisfacerlos, lo satisfacen en el sentido de que cumplen con lo que eso exige, no se contentan con su estado pero aún así con ese estado de tan poco contento, se contentan. El asunto esta justamente en saber que es ese SE que se queda allí contentado”*

Pero es que renunciar a un contento para enfrentar a una verdad no es sencillo ni es para todos. Solo algunos pueden soportar el peso de esa verdad que una vez que dejó de estar oculta ya implica un cambio. Porque no es sin efecto la relación con la verdad. Produce un cambio de paradigma, un efecto de acontecimiento en la vida de un sujeto. Ya no se será el mismo, aún cuando elija seguir igual, porque en ese caso será por elección. Habrá habido un cambio en su posición subjetiva. Veamos si no a Edipo quien dirige la acción con su obstinación que no cesa de querer saber, nada ni nadie lo obliga, Tiresias, Yocasta, el pastor, todos tratan de detenerlo pero él va hasta el final de si mismo. Dice Jean Paul Vernant: *Edipo...no es hombre de términos medios, que se*

acomode a un compromiso. Edipo va hasta el final. Y al término del camino trazado hacia y contra todos, Edipo descubre que al llevar el juego desde el principio al fin, ha sido él mismo con quien se ha jugado desde ese mismo principio hasta el final. Así podrá, en el momento en que se reconoce responsable de haber forjado su desgracia con sus propias manos..... cuando ya no soy nada, entonces resulta que me convierto realmente en un hombre, esto es visible en Edipo en Colono.

Así aparece en Edipo un hombre desgarrado que se pregunta por la verdad, y entonces vean ustedes la complejidad ya que el mismo hombre reconocido como el salvador de Tebas, de un instante a otro se convierte en la peor porquería. Así se lo dice el coro: tú el mejor hombre, el resolvedor de enigmas, el salvador, ha pasado a ser el peor de todos.

Pero Edipo quiso saber la verdad y pasó por el horror de su violencia y siempre que se pasa por el horror, hay una pérdida. Sófocles muestra con *Edipo en Colono* que es un hombre al que ya lo peor le pasó, por eso es un hombre para el que morir no es importante, el allí lo que está buscando es sólo una tumba donde ser enterrado..

En la bella ópera *El holandés errante* de Wagner, hay un navegante perseguido por una maldición y condenado a navegar sin reposo y sin la paz de la muerte, por los mares gélidos de Europa, al que cada siete años se le concede la posibilidad de bajar a tierra en busca de un amor puro que lo salve. Finalmente este fantasma conoce a una mujer, Senta, de la que se enamora y cuando ella le va a decir: "Te amo", en ese momento aparece un ex novio (Erik), que la lleva a la duda preguntándole: '¿cómo te vas a ir con este hombre, quién es, dónde lo has conocido?... él se precipita y dice: "Yo soy el holandés errante, el fantasma" y se va volviendo al mar y a su deambular sin fin. El elige allí –en el "Yo soy"- elige definir quién es, elige su verdad, pero sucede lo peor, porque pierde la posibilidad de terminar con su condena y sin embargo es una afirmación existencial. Dijo su verdad aunque le costó una vida de eterna maldición.

“Uno no puede tener acceso a la verdad si no cambia su modo de ser”, dice Foucault. Recordemos la Alegoría de la caverna donde muchos prefieren las sombras a la luz de la verdad.

Pero hay una historia en la que la verdad conduce al peor final. Es un cuento corto del folclore africano. Dice así:

Un día, un caminante solitario encontró en su camino, que bordeaba una colina, un cráneo abandonado. “Vaya, dijo en voz alta, ¿qué hace esta cabeza aquí?. Y se quedó pasmado al escuchar que el cráneo le respondía: “Uno no se ve envuelto en un asunto sin haber metido la mano en él”.

Estupefacto, el hombre corrió al palacio a decirle al jefe:

“Hay un cráneo que habla sobre la colina”

- Acaso un cráneo puede hablar?, replicó el padre de la tribu.*
- Sí, lo he visto, lo he visto con mis ojos.*
- Mientes, se disgustó el jefe, no olvides que yo no soy tu igual.*
- Si lo que digo es falso, que me corten la cabeza.*

El jefe mandó a llamar a tres de sus servidores y les encargó que acompañaran al aldeano para verificar sus dichos. Subieron a la colina. El cráneo estaba todavía ahí, exactamente en el mismo lugar. Uno de los servidores le pegó una patada. El cráneo rodó por la pendiente, pero no dijo una palabra. El aldeano, inquieto, se puso a gritar: “Por qué ya no hablas?. Pero la cabeza permaneció muda. Entonces los servidores apresaron al hombre y uno de ellos le cortó el cuello con su machete. Apenas su cabeza hubo tocado el suelo, el cráneo volvió a hablar. “¡Ah!, lo había dicho claramente, uno no se ve envuelto en una historia sin haber metido la mano en ella”. Los servidores, atemorizados, regresaron al palacio para contarle al jefe lo que acababan de escuchar.

El héroe de esta historia pierde su cabeza por decir la verdad frente al jefe de la tribu, pone su cabeza en juego, tan convencido está de ella. Pero no le va bien. Su cabeza cae, como cae el sujeto frente a su propia verdad.

Es que para enfrentarse a la verdad hay que franquear todas las barreras del pudor, como dirá Lacan, Pensemos en Alcibíades que irrumpe como un trueno en el banquete para dar testimonio público de su verdad: su amor por Sócrates. Y es a partir de ahí que todo cambia en la armonía del festín ya que introduce la desmesura junto a la pasión por ese hombre que lo ignora. Pero no retrocede, se arroja sobre él para escupirle su amor. Se arriesga, se expone a la vergüenza sin temor y sólo con la convicción de su verdad.

Es una verdad que no tiene retorno, una verdad transformadora porque lleva a un cambio de posición. Ya no se es el mismo una vez que se la enfrentó. Produjo un acontecimiento donde puede ubicarse un antes y un después. Pero es una verdad para ser olvidada, como el pequeño Hans que nada recuerda al reencontrarse con quien fuera su admirado "Profesor". En cambio el síntoma es inolvidable, porque insiste (produciendo un gasto por demás), ya que es una verdad que dice pero sin saberlo el sujeto. Pero la verdad, una vez que se devela, una vez que deja de estar oculta lleva a un cambio. Es necesario patear el tablero para volver las piezas a su lugar, o quizás a otro, pero eligiéndolo. Quemar las naves, animándose a atravesar el dolor de la verdad para renacer en un ser nuevo impulsado por su deseo. Es esa verdad que la institución de la regla fundamental está designada a desencadenar en el espacio de la transferencia.

Si la verdad es el inmundo que me habita, lleno de odio e inmundicia, entonces es entendible que ese inmundo recaiga en el afuera, en el otro como limpiando mi verdad, para embellecer el horror que produce.

Habrá que renunciar a la esperanza de ser un hombre de bien, que ve el mundo a su alrededor con la violencia que lo impacta y lo paraliza. Si lo extimio es lo más íntimo que hay en mí, la pérdida de ese ser que nunca seré me llevará al encuentro con mi verdad y a partir de ahí, conociendo mi propia inmundicia podré comenzar la búsqueda de una realización que incluya mi deseo levantando la barrera de lo prohibido tomándome en serio y descubriendo cuán miserablemente vivía hasta ese momento.

Si la violencia ya no está en los otros sino también en mi mismo, ya se quién soy, aunque duela, aunque avergüence, pero ahora me implico y puedo decidir qué hacer con ella. Ya no espero vivir en un jardín de rosas pero puedo saber quién soy y elegir qué hago con eso.

La verdad puede ser violenta hasta el límite de hacerme perder la cabeza, como en el cuento, pero sólo si la enfrento puedo aspirar a transformar mi ser. Y cada uno de nosotros forma parte de esa sociedad que asusta. La idea será no asustarnos, Esa es la diferencia entre ser una sombra y ser lo que uno quiere.

Bibliografía:

- S. Freud, El malestar en la cultura. Obras completas, Amorrortu
- J. Pierre Vernant y Pierre Vidal-Nanquet, Mito y Tragedia en la Grecia Antigua. Paidós
- Charles-Henry Pradelles de Latour. Traducc. Pedro Palombo. Rev. Litoral N° 16. Antecedentes Lacanianos. Edelp
- Francois Balmés, Dios, el sexo y la verdad Nueva Visión.